

Crónica de una desmesura

Leonardo Padrón



Tengo que confesarlo: un mes atrás no me imaginaba parado en mitad de un vendaval de adolescentes corriendo febrilmente detrás de una veintena de músicos también adolescentes. Y además parado con un objetivo concreto: escribir una película a propósito de ese vendaval. Si voy más atrás, tres meses quizás, se me impone otra confesión: el vocablo «salserín» me sonaba -y por favor fans del grupo, perdonen mi añeja ignorancia- a compañía de payasos que ofrecía sus servicios para piñatas de sociedad, o más aún, a personajes de serial humorístico mexicano. De hecho, mi asociación no era tan gratuita: ahora que conozco ciertos antecedentes del mayor evento fenomenológico de los últimos años en Venezuela me he encontrado con que, efectivamente, en sus días de tajante anonimato Salserín ofrecía sus servicios musicales en un exiguo aviso de periódico justo debajo de otro aviso de las nunca bien ponderadas y cada vez más venidas a menos payasitas «Ni fu ni fa». La fama, que salta como un gato blanco e inesperado.

Ahora, ¡qué cosa, no!, en este exacto momento, el término «salserín» me parece ajustadísimo, fonéticamente perfecto, de una pertinencia inobjetable. Asunto de perspectivas y costumbre. El hecho es que, inesperadamente, me he visto hablando a la prensa no a propósito de los avatares de algún libro de poesía ni acerca de alguna telenovela en ciernes. Tengo rato hablando de Salserín. Incluso con mis amigos. Pero es que el tema, se los juro, es altamente divertido, incluso asombroso, y a veces, hasta inquietante. Porque sucede que la palabra “fenómeno” es bastante precisa para definir lo que está ocurriendo con este grupo de músicos rotundamente precoz. Y quisiera -es mi expresa intención- no abundar sobre la película ni sobre las aplicaciones sociológicas del fenómeno. Que baste señalar cuatro rasgos de consenso: 1) son venezolanos, lo cual -obvio- excita sentimientos patrios y ha logrado reconciliar a toda una cantera de jóvenes con su vapuleada autoestima; 2) son músicos genuinos, con notable sentido del ritmo y talento del importante (una tarde de rodaje, en un momento de descanso, se lanzaron una descarga de improvisación de 20 minu-

tos. Técnicos, productores actores y curiosos enmudecimos. Giramos el rostro hacia un impecable ejercicio de guataca pura. Al final, no nos quedó más remedio que aplaudir y aceptar el prodigio. Luis Alberto Lamata, por ejemplo, jura haber escuchado al tecladista estirar los dedos con fragmentos de Debussy); 3) la música que tocan es salsa, materia latina, asignatura caribeña de la mejor especie, asunto que detona una identificación inmediata; y 4) lo último, pero quizás lo decisivo, la razón ontológica de todo este asunto, la quintaesencia que justifica el vendaval, la explicación meridiana que dan las adolescentes desde Río Caribe hasta la Guajira, pasando, por supuesto, por el distrito Chacao: «Ay, es que son bellos!». La fama, que estrena espejos a cada tanto.

Pero realmente apasionante es toda la literatura oral, del género fantástico, que rodea a Salserín. La leyenda que diariamente se nutre con más y mejores episodios. La hipér-

bole cardinal en que se funda todo mito. De hecho, no es exagerado hablar del desorden fluvial que arroja al mapa, no sólo en sus ríos, sino más cerca, en millones de ojos adolescentes que se anegan de lágrimas a la sola visión de sus ídolos Servando y Florentino. Es cierto, las muchachas lloran, se les destrozan los nervios, se desmayan, gritan hasta la afonía. Y ocurre todo un catálogo de situaciones insospechadas dignas de relatar. Así que, antes de intentar un análisis enjundioso del fenómeno -ya otros lo harán- prefiero transcribir lo que se ha convertido en tema de conversación obligado entre los implicados en la película: la última anécdota, el cuento más reciente, el episodio desmesurado. Porque en otros días, parado en mitad del vendaval, viviendo el día a día de un rodaje sui generis en la cinematografía nacional (por la condición adversa de tener que filmar en un lapso de tiempo suicida, por la expectativa unánime del país, por

los personajes convocados, por el milagro de que hay dinero, por el absurdo de tener que perseguir a los actores principales por todo el país para, entre concierto y concierto, poder filmar un plano, un diálogo, el final de una secuencia), no he hecho más que asistir con perplejidad a una trastienda de anécdotas impensables.

Anécdotas de todo calibre como la que da cuenta del concierto realizado en un patio de un liceo de Maracaibo rodeado de edificios que ostentaban el desconcertante letrero: «Se alquilan balcones». Los balcones, se entiende, ofrecían una inmejorable visual del concierto. Y, según abunda la crónica, se alquilaban balcones con comida o sin comida, usted decidía. Pero si se habla, sin rubor, de una cifra de 340 mil adolescentes, carnetizados como fanáticas en todo el país, no extraña que se relaten episodios como el de la presidenta de un club de fans que esgrime con orgullo el mayor logro de su gestión, una medida gubernamental inédita en toda la historia de nuestro sistema educativo. A saber, persuadir a la directora de su colegio para un acto de total audacia: sustituir el timbre del recreo por una canción de Salserín. Una indagación, por mediana que sea, encuentra datos de lujo, como las medidas punitivas que poseen otros clubes de fans que, entre sus cláusulas de membresía, exigen a cada fanática la presentación mensual de la boleta de calificaciones. Si la fanática aplaza alguna materia será expulsada en el acto del club. Una medida, tan estratégica, que no hace más que despertar aplausos de alivio entre padres y representantes.

O el cuento de la muchacha que envió a Florentino una foto de su adolescencia absolutamente desnuda (senos tempranos, turgencia, plenitud, piel de marfil incluida) con una leyenda que remataba la oferta: «Soy tuya, cuando quieras». (Querido Nabokov, ¡cuándo en tus tiempos!).

O la «tarajaya» de 30 años que asistió a tres conciertos en un mismo día y en el interín le robaron el carro. El detalle importante: lloraba, sí, muchísimo, pero no por el carro birlado, sino por la emoción de estar a dos metros y medio de Servando. O el inusitado ballet de celulares que se formó en pleno concierto en el Eurobuilding. Explico: todas las niñas, clase alta mediante, llamaron a sus

amigas desde el concierto para enrosstrarles en el oído que ellas estaban en el concierto y las otras no. En algún momento el gesto se multiplicó y derivó en la insospechada coreografía de decenas de celulares balanceándose al ritmo de «De sol a sol».

O el relato de la fan que esperó seis horas para entrar al concierto y una vez adentro se desmayó de emoción en apenas la primera canción del grupo, perdiendo el resto del concierto y todo el esfuerzo y el dinero invertido. O el día que un avión que transportaba a los integrantes del grupo no pudo despegar porque había un bulto enorme desparramado en mitad de la pista. El bulto, para estupor de los pilotos, era una masa informe de fanáticas que, como medida de presión para ver a sus ídolos por última vez, había logrado saltar las rejas del aeropuerto rural y se había acostado en plena pista de despegue. Salserín no tuvo más remedio que apostar a sus integrantes sobre las alas del avión y desplegar besos y saludos. ¿Recuerdan que les hablaba de literatura oral, del género fantástico?

O la estricta negativa de los hoteles cinco estrellas del país a albergar en sus habitaciones a los miembros de Salserín para evitar el destroz de lobbies, ascensores, materos y pasillos. O la literal desesperación de los canales de televisión por adquirir los derechos de la película, por entrevistar a los muchachos, por grabar cómo caminan, dónde viven, a qué hora comen o por transmitir cualquier sospecha de unitario, miniserie o propaganda donde alguno de ellos asome su sombra o buena parte de la nariz. ¡Ah, *rating*, palabra viscosa! O las vigiliadas nocturnas con cantos y arrullos (a la usanza de lo ocurrido con el Papa en la Nunciatura Apostólica) frente a la casa de Servando y Florentino, verdaderos Lennon y McCartney del asunto.

O la encuesta que realizó una agencia publicitaria ante un universo importante de niñas para descubrir cuál sería su juguete más anhelado para Navidad. La gran mayoría respondió «Salserín», con un dato notable: el juguete «Salserín» aún no existe. (Pero, por supuesto, existe el álbum de barajitas, el juego llamado «Memoria», los afiches, las revistas, las cachuchas y las fotos vendidas a precio de oro cochano).



O el cuento de una señora de Cumbres de Curumo que, para su asombro, descubrió en la factura de la Cantv -mes de noviembre, para ser exactos- un teléfono que aparecía repetido 124 veces. Después de sospechar de su marido y sentir la ruina de su matrimonio, divorcio, separación de bienes, etc., decidió llamar a ese teléfono. Le respondió una voz de guardaespaldas. El «misterioso» número pertenecía a un Salserín. Su hija había devastado la renta del mes intentando estérilmente hablar en directo con Florentino.

O la genuina emoción del presidente del Festival de Biarritz ante una secuencia de la película vista en plena moviola de Bolívar Films. Lo cual derivó en una invitación a Salserín para abrir el Festival del año que viene con un concierto en vivo. Y un ticket de entrada a la propia película a la reputada reunión de cineastas.

O el día que circuló el rumor de que Ralph Mercado había invitado a Salserín al mismísimo Madison Square Garden de Nueva York a participar en un concierto con Jerry Rivera y Oscar D'León. Minutos más tarde, Sony Music nos anunciaba que dentro de dos meses el grupo sería lanzado simultáneamente en 14 países. La internacionalización, que llaman.

O la interminable lista de personas que desean aparecer en la película (el detalle de si son actores o no, aquí es irrelevante) y que van desde una reina de belleza de éxito mundial, pasando por uno de los mejores shortstops de las grandes ligas y aterrizando en las nietas del propio Presidente de la República.

O la leyenda, casi impublicable

pero predecible, que da cuenta de la cuota diaria de episodios «románticos», y permítanme el eufemismo porque no quiero decir carnales, que se suscitan en los sitios más absurdos y en los momentos más inesperados con los cabecillas del grupo. Cero ejemplos.

El asunto impresiona por prolífico, porque vuelve a dejar a la imaginación mal parada y escasa de aventuras, y a la realidad como reina y señora del asombro. Todo esto escoltado por un éxito de ventas apabullantes, una jornada de 48 conciertos en menos de un mes, una dosis de ingenio diaria para salir o entrar secretamente a los hoteles, un ejército de guardaespaldas, y un furor que ha arrasado con espectros sociales. Los padres de alcurnia, que suelen andar por el mundo con dos dedos en la nariz ante materias que entrañan marginal como la salsa, han tenido que rendirse ante la euforia hormonal de sus hijas. Hace días, Lil Rodríguez asomaba en su columna periodística una frase que alguien anónimo acuñó -supongo- con una sonrisa maliciosa: "Alí Primera se está vengando de la clase media". Y no digamos de la alta.

Pero de todo este itinerario de anécdotas y relatos que han desfilaro en breves días, hubo una imagen que se me quedó marcada en la retina: en un viejo cine abandonado de Baruta se filmaba una secuencia de la película. En la calle, un cinturón de policías ponía distancia a una selva de faldas azules y miradas ansiosas y púberes. Dos cuadras más atrás, Baruta era un infierno. Había colapsado. Los carros no avanzaban. Desde un cerro cercano alguien lanzaba piedras al rebullicio con resentimientos y mejor puntería. Las autoridades se abrumaban con magnífica torpeza. Adentro, en el set, un enjambre de personas se encargaba de hacer la película. Y entre esas dos multitudes, Servando Primera, el cantante más emblemático del grupo, estaba sentado solo, íngrimo, en un sofá carcomido. No hablaba, no sonreía, hierático, como una estatua cansada. El era la causa de esas dos multitudes. Pero estaba solo. Descaradamente solo. La fama, ambigua y solitaria, como nadie.

* Texto tomado del *El año de Salserín*, edición especial del diario El Nacional, 24 de diciembre de 1996.

¿Qué tal es la película?

El éxito de la ilusión

Wilfredo González

La primera vez narra la historia del grupo musical Salserín. Se trata de los problemas que pasa un grupo de jóvenes músicos para ser reconocidos en el mundo del espectáculo y de los líos en que se meten dos admiradoras por seguirlos de concierto en concierto por todo el país. Estas dos jovencitas (brillante actuación de Daniela Alvarado) no sólo retrataron a las más fieles de las fans, sino sus problemas más comunes como la falta de atención de los padres que nunca se enteran en qué andan los hijos (el papá de Camila); y si se enteran no hacen el mínimo esfuerzo por comprenderlos o ya no pueden comprenderlos (la tía de Gaby).

fácil. El hecho de tener que trabajar con músicos y no sólo con curtidos actores, y sabiendo que los jóvenes están de moda hacía difícil acertar con la película. De ahí la gran expectativa que se había creado.

ESCENAS MANSAS

Las escenas de la nevera repleta de comida, la instalación de la lavadora nueva, el abrazo con la mamá y los jóvenes "haciendo tarea" son puro trámite. Pueda que el director y el escritor de la película no quisieran dejar pasar esta parte de la vida de los muchachos así, sin más. Quizá para que el



La puesta en escena es entretenida, rápida, divertida, sentimental y emotiva. La película se ve y se escucha bien (aunque a ratos se pierde lo que dicen por el alto volumen) y tiene escenas conmovedoras como el monólogo de la titiritera (Elba Escobar). *Es una película claramente orientada al público adolescente, aunque como siempre los adultos se colean y también se divierten; no sólo con la película sino con todo el bululú de las adolescentes que cantan, lloran y gritan durante la proyección.*

Por otro lado, ha sido un gran acierto de parte del equipo que se formó para realizar la película. No hay duda de que lograron atinar con el *feeling* de las adolescentes seguidoras del grupo y adoradoras de Servando y Florentino. Aunque muchos elementos estaban a favor -un tema, unos buenos actores y el financiamiento- la realización no era

público no se olvide del origen humilde de los nuevos ídolos. Ellos no lo tenían todo. A lo mejor para mostrar el agradecimiento a la madre de los jóvenes exitosos sin caer en "lo de siempre del cine venezolano" y así evitar que se les criticara que lo que hicieron fue sociología de la marginalidad. Pero lo que efectivamente consigue es convertir esa parte de sus vidas en mero pasaje destinado al olvido (ideología de la marginalidad). Lo que sigue a estas escenas mansas es el vértigo del éxito que lo obnubila todo. El ámbito juvenil, las relaciones personales y la propia vida convertidos en espectáculo. La pobreza real convertida en una imagen pasajera del pasado. A partir de ese momento se instaura el tiempo del encanto y la magia, la emoción y la sensiblería, el juego de luces y colores a ritmo de salsa. Y nada más hasta el final feliz.